

La amenaza del terrorismo internacional para la democracia: un análisis de situación.

Oscar Jaime Jiménez (UPNA)

El enfoque como problema

Los procesos sociopolíticos evolucionan y se transforman en nuestras actuales sociedades planetarias a unos ritmos tan vertiginosos que en la mayoría de los casos, impiden a los propios protagonistas adquirir conciencia de tales cambios y de sus correspondientes implicaciones, así como a los analistas evaluar con precisión y comprender los fenómenos derivados y sus consecuencias. A su vez, el empleo de la violencia siempre se ha caracterizado por desencadenar dinámicas y crear escenarios marcadas por una elevada incertidumbre, sin que se pueda prever razonablemente cual va a ser el resultado final de su aplicación.

El terrorismo en términos genéricos si bien contiene todos estos elementos, sin embargo no es menos cierto que sus efectos variarán en función de los niveles de violencia desencadenados, de la relevancia simbólica de sus acciones, del número de actores participantes, en definitiva, de los medios con los que se cuenta para modular la virulencia y destruir patrones de comportamiento compartido. Por lo tanto, desde un enfoque instrumental y pragmático, cabe asumir la existencia de distintos tipos de terrorismo que requieren un tratamiento singular en función de muy diversos factores como son la cantidad de miembros que forman parte de una organización, su estructura interna, los principios ideológicos, la disposición de fondos, las tácticas que desarrollan, su imbricación con la población de referencia y la proyección exterior en términos de imagen de dicha organización, entre otros. Pero la verdadera distinción simbólico-política procede de la dialéctica que se establece entre terrorismo y contraterrorismo, cuya confrontación termina perfilando las características atribuidas a los desafiantes de la autoridad, estableciéndose unas categorías que arrasan con cualquier intención académica por explicar el fondo del problema, contribuyendo a su vez a la radicalización de la sociedad.

A lo largo de los últimos años, y principalmente a raíz del ataque a las Torres Gemelas y al Pentágono en septiembre del 2001, se ha ido imponiendo una concepción unificadora de lo que es y significa el terrorismo a nivel planetario, con un éxito creciente apoyado sobre el temor de numerosos Estados a verse desafiados por dicho fenómeno, como sucede en Europa o directamente desestabilizado, como es percibido por numerosos países musulmanes. La uniformidad en la elaboración de criterios promovida por Estados Unidos, en algunos casos de forma coactiva, como en Arabia Saudí o Pakistán, y el reconocimiento de que las características del actual terrorismo son distintas a las manifestaciones de las décadas anteriores, constituyendo una amenaza para todas las civilizaciones, han caracterizado este período, asumiéndose por parte de políticos y académicos unos niveles de interrelación y complicidad nunca antes conocidos. El reconocimiento de la especificidad, al menos parcial, del nuevo terrorismo global constituye un hilo conductor uniforme que ha permitido sentar las bases de una comprensión común de los primeros niveles del problema en cuanto a la descripción de las variaciones básicas.

Terrorismo clásico y el nuevo terrorismo global

Tanto el terrorismo clásico como el global continúan compartiendo como objetivo fundamental el desafío a los poderes institucionales con el fin de alterar la distribución del poder político. Por otro lado, insisten en su línea característica de intentar provocar un impacto en las audiencias muy superior al de la mera destrucción física propia de una guerra en su sentido clásico.

Sin embargo, las diferencias poseen una dimensión más trascendental y significativa, pudiéndose establecer con precisión en tres ámbitos concretos: el contexto; la organización y los medios (técnicos). Por lo que al contexto se refiere, el comienzo del nuevo siglo vino marcado no tanto por la destrucción de las Torres Gemelas sino por la desaparición de un mundo bipolar y la emergencia de un escenario internacional caracterizado por la aparición de numerosos actores antagónicos no sometidos a superpotencia alguna. En el actual escenario desestructurado no existen entidades estatales capaces de mantener una tensión dialéctica planetaria a cuyos intereses se sometan el resto de los actores

significativos³⁶. En este contexto, los actores privados y los procesos no estatales alcanzan un protagonismo y una capacidad de influencia poderosa y desconocida, emergiendo a su vez con toda su crudeza y dramatismo viejos y profundos agravios fundamentados sobre desequilibrios estructurales anteriores a la guerra fría.

En segundo lugar, estas nuevas organizaciones terroristas se caracterizaron por desarrollar una estructura difusa y muy débilmente cohesionada, incorporando incluso formas de gestión empresariales modernas, lo que las permite una gran flexibilidad en cuanto a la adaptación al medio³⁷. Entre sus grandes ventajas cabe reseñar su autonomía organizativa que impide que la desarticulación de una parte afecte gravemente a las demás porque no hay contactos permanentes entre ellos. Por otro lado, muchos de los grupos vinculados a la entidad Al Qaeda tienden a autofinanciarse y a marcar sus propios objetivos. Lo único que comparten estas organizaciones son sus metas político-religiosas. Todos estos aspectos organizativos les hacen muy difícilmente detectables y atractivos para otros grupos que posiblemente tiendan a emular su estructura³⁸. Y por último, los medios se caracterizarán por su capacidad para provocar devastación y elevado desconcierto en las opiniones públicas, así como los terroristas suicidas, cuya disposición y entusiasmo causa estupor en las sociedades occidentales.

¿Qué hacer?

El terrorismo no es consecuencia directa de los elevados niveles de desigualdad existentes en las sociedades humanas ni de los masivos agravios acumulados históricamente. El problema radica en que son precisamente esos factores estructurales los que han sido instrumentalizados exitosamente por aquellos colectivos radicalizados dispuestos a utilizar la violencia para la consecución de sus objetivos. Por lo tanto, nos encontramos con un problema polimórfico de creciente complejidad que ha de ser abordado con decisión desde diferentes frentes. En este sentido, qué duda cabe que el renovado fenómeno terrorista requiere soluciones innovadoras y audaces en las que la respuesta policial debe desempeñar un papel prevalente, sin menoscabo de intervenciones militares en el ámbito internacional, aunque estas últimas por el momento están demostrando una eficacia muy limitada.

A pesar de los sofisticados análisis teóricos y de los crecientes recursos humanos y materiales dedicados al terrorismo y a las respuestas coactivas, los contendientes a nivel global se encuentran tan alejados de la consecución de sus objetivos como hace décadas. En este sentido, y en referencia al terrorismo global, los Estados Unidos han optado por aplicar el denominado “principio de precaución” que subraya la necesidad de que en el actual contexto de riesgo globalizado es necesario adoptar decisiones y aplicarlas aunque no existan evidencias [científicas] sobre la problemática que se pretende combatir. Esta doctrina legítima de manera directa la adopción de criterios preventivos en la política exterior norteamericana. Desde esta perspectiva, ante los crecientes niveles de incertidumbre global percibidos, es necesario introducir elementos estables. No se trata por tanto de calibrar los niveles de riesgo existentes puesto que ideológicamente ya han sido definidos, sino de ponderar los costes de la respuesta. Si se asume el principio de que cuanto mayor es la previsión de pérdidas, mayores son los riesgos que se asumen, se podrá concluir que el riesgo adoptado por los Estados Unidos ha sido transferido de su ausencia de previsión en la fase previa a esta posterior en la ecuación final, creando así un nuevo escenario desconocido y la necesidad de invertir nuevos recursos con el fin de estabilizar y conocer la situación³⁹. Hasta el presente, los costes han sido asumibles en términos económicos y simbólicos, pero el sistemático sacrificio de la búsqueda del consenso político en función del hegemónico

³⁶ Es este contexto el que ha condicionado intensamente la necesidad por parte de los Estados Unidos de buscar nuevos adversarios homologables. Desde esta perspectiva el terrorismo cumple esta función. Véase, I. Ramonet, *Guerras del siglo XXI. Nuevos miedos, nuevas amenazas*, Barcelona: Mondadori, 2002.

³⁷ Véase, B. M. Jenkins, “Los hombres de la organización. Anatomía de un ataque terrorista”, en J. F. Hoge, y R. Gideon, *¿Por qué sucedió? El terrorismo y la nueva guerra*, Barcelona: Paidós, 2002, págs. 17 a 31.

³⁸ Ciertos grupos anarquistas europeos, alguno de los cuales ha sido el responsable del envío de artefactos explosivos a diversas instituciones europeas, están estructurándose siguiendo el modelo de Al Qaeda. Véase, *Time*, 12 de enero de 2004.

³⁹ La ocupación de Iraq constituiría el ejemplo más reciente.

y unilateral concepto de progreso contribuye a provocar unos efectos colaterales que favorecen el incremento de los niveles de incertidumbre.

Este escenario obliga a replantearse las respuestas políticas e institucionales ofrecidas hasta el momento a este tipo de violencia. La complejidad del fenómeno supone asumir el carácter multidimensional del conflicto y adaptarse a la naturaleza de la amenaza, lo que implica la necesidad de afrontar la problemática desde un enfoque global. Basar la esperanza de la victoria sobre el terrorismo casi exclusivamente en la utilización de la coacción o en el empleo de las fuerzas armadas tal y como proponen los Estados Unidos, plantea serias dudas en cuanto al resultado final de la estrategia desarrollada contra el terrorismo. La utilización prevalente de la respuesta militar a través de la aplicación del principio de escalamiento de fuerzas a la lucha contra el terrorismo, supone transferir la visión tradicional de la doctrina militar norteamericana (empleo de fuerza masiva y abrumadora y, negociación exclusiva sobre la base de la consecución de la derrota incondicional del enemigo) a un escenario radicalmente distinto de aquel para el que fue diseñada. El actual terrorismo es un fenómeno multifacético, poniéndose en evidencia que cualquier aproximación simplista puede contribuir objetivamente a deteriorar más todavía la situación existente.

Resulta necesario recordar que la eficacia en la lucha contra el terrorismo no depende exclusivamente de la sinergia técnica, sino de la creación de consensos activos y de la supresión de espacios neutros, principalmente. No es un simple problema de buenas intenciones ni de lograr provechosos acuerdos diplomáticos, sino de generar un escenario en el que la mayoría de los actores política, social y económicamente significativos tengan la posibilidad de obtener ventajas como consecuencia de la supresión efectiva del terrorismo o de la eliminación de la indiferencia frente a él. Obviamente, este enfoque implica que no deberían ser los Estados los únicos involucrados, sino también las sociedades respectivas y en general aquellos actores influyentes y socialmente relevantes que muestren una inequívoca voluntad en favor de la supresión de la violencia. Las bases de la solución solo pueden venir de la mano de la creación de una comunidad internacional con menores desequilibrios económicos y de la presión en favor de sociedades nacionales más igualitarias y equilibradas que permitan, al menos, una parcial desactivación de los masivos agravios acumulados. Lo contrario, únicamente contribuye a alimentar la profecía que finalmente tendría visos de autocumplirse si frente a los masivos síntomas de una profunda crisis estructural de carácter político y económico global provocada, en parte, por las acusadas y crecientes desigualdades, se responde exclusivamente con la fuerza. La espiral que provocaría dicha dinámica únicamente contribuiría al surgimiento de un entorno más inestable y amenazador del que ya nos rodea.